REPERCUSIONES DE LA LITERATURA MEMORIAL FRANCESA EN ESPAÑA

ANNA CABALLÉ

Ante todo debo confesar que el título de mi comunicación, tal como figura en el programa, no se ajustará al contenido de mi intervención, mucho más modesta de lo que en un principio tenía proyectado. Porque mi propósito inicial era el de estudiar las influencias de la literatura autobiográfica y memorial francesa en España, pero eso se ha convertido en una especie de caleidoscopio repleto de formas sugestivas que, no obstante, no he logrado todavía cristalizar. La idea surgió después de encontrar numerosísimas referencias de escritores y críticos españoles sobre una misma situación que paso a exponer: la riqueza de lo que podría llamarse el aparato autobiográfico en las letras francesas —me refiero a cuadernos, diarios íntimos, memorias, correspondencias y todo tipo de anotaciones referidas a uno mismo—, contrastando esta abundancia con la escasez de tales manifestaciones en la literatura española. En alguna parte tengo escrita la relación de autores que integran las filas de esa pretendida constatación; relación que incremento continuamente además con nuevas aportaciones.[1] He dicho ya también que eso —o sea, el raleamiento de la literatura autobiográfica en nuestras letras— ha pasado a ser un tópico de la crítica literaria contra el cual nada puede hacerse como no sea el de oponerle, con el tiempo, la evidencia de una saludable continuidad.

Este lugar común, que en nada beneficia a la verdad de los hechos, se apoya, en parte, en los juicios de Ortega y Gasset cuando en 1925 reseña la publicación de las memorias de la marquesa de La Tour-du-Pin: *Journal d'une femme de cinquante ans* y a propó-

1. Véase mi artículo «Aspectos de la literatura autobiográfica en España» *Scriptura* (Lérida), 2 (1986), pp. 39-49. Y también: «Figuras de la autobiografía» *Revista de Occidente* 74-75 (julio-agosto de 1987), pp. 103-119.

sito de las cuales escribe: «Francia es el país donde se han escrito más memorias; España, el país en que menos.» [2] Idea compartida, en aquellas mismas fechas, por Gómez de Baquero, Corpus Barga, Guillermo de Torre, Jaime Torres Bodet, ...De modo que sorprenden sus afirmaciones de unos años después sobre el universo autobiográfico, cuando, al redactar el prólogo a la edición de sus *Obras Completas*, escribe: «Por fortuna, yo siento aún un extraño asco al recuerdo. No sé bien por qué, pero siempre he notado con sorpresa que cuando alguien de mi tiempo se complacía voluptuosamente en rememorar las cosas de la juventud o la niñez, yo no experimentaba goce alguno en esa inmersión y descenso a aguas pretéritas. Al contrario, el roce con la piel de mi pasado me repugnaba y toda la presunta gracia de la adolescencia y la infancia propias no ha logrado aún vencer en mí lo que tiene de cadavérico, de fenecido.» (1932: V). Tal actitud de Ortega ante el pasado, interesante por las inferencias que pueden obtenerse, provocará, años más tarde, una respuesta contundente de Rosa Chacel.[3] Pero, volviendo a sus afirmaciones sobre la pobreza del género en España, dada la influencia intelectual ejercida por Ortega, lo considero a éste como el exponente de un estado de opinión ampliamente compartido por la crítica literaria contemporánea, hasta ahora mismo, como cualquiera de ustedes habrá tenido ocasión de comprobar: recuerdo cuando Francisco Umbral, con motivo de la presentación del primer volumen de la autobiografía de Salvador Pániker, *Primer testamento*, dijo que se trataba de un libro excepcional, sorprendente y que «inaugura un nuevo género en la literatura española» (*La Vanguardia*, 7 de marzo de 1985). Yo comprendo la necesidad de estimar, incluso de sobreestimar, que se le presenta a quien se ve forzado al elogio, pero... hay cosas y cosas y ésta demuestra una manipulación, innecesaria a mi juicio, de la realidad literaria. Es una situación que de ninguna manera se producía en la literatura y la crítica españolas del siglo XIX, donde encontramos abundantísimas referencias que prueban lo contrario: es decir, en el siglo pasado era un lugar común referirse a la profusión de libros autobiográficos, que, en efecto, inundaban el caprichoso mercado editorial, en especial a raíz de la publicación de las *Memorias de un setentón*, de Mesonero Romanos (primera edición en 1880). Pero mucho antes, sobre 1835, Larra había sostenido ya una opinión más bien crítica e irónica, cuando no abiertamente despreciativa, respecto de los escritores memorialistas, a los que acusa de extorsión («escritos para hacer fortuna a

2. Ortega y Gasset, en «Sobre unas Memorias» en sus *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, III, p. 588.

3. En la revista *Sur*, dirigida por Silvina Ocampo, Rosa Chacel se queja: «... me ha causado verdadero desconcierto esa repugnancia de Ortega por el recuerdo» («Respuesta a Ortega», julio-agosto de 1956, p. 109).

costa del escándalo») y falta de talento.[4] Lo que, indudablemente, refleja el predicamento popular de que gozaban.

Al margen de cuál sea la valoración de la propia producción autobiográfica, lo cierto es que la influencia francesa sobre esta modalidad literaria es un hecho: los textos autobiográficos del duque de Saint-Simon, de J.-J. Rousseau, de H. F. Amiel, de María Bashkirtsef o de André Gide, por dar algunos nombres, gravitan sobre las letras españolas e hispanoamericanas condicionando en cierto modo su evolución (pienso en José Martí, en Unamuno, en Cernuda). Porque el desarrollo del género en España se somete, al menos teóricamente, a unos modelos que le son ajenos —por temperamento, como se ha dicho; tal vez por el clima como también suele argüirse; o por educación—. Fuere lo que fuere, el modo hispánico de escribir sobre uno mismo no coincide con el que suele practicarse en Francia, por ceñirme a la dialéctica que quiero establecer aquí entre los dos países. Y ello explicaría quizás las discordancias de los textos autobiográficos españoles respecto de los galos. Y también que surja la idea de «como no es igual, no existe» que goza, como ya he dicho, de tanta aceptación. Pues, efectivamente, hablando en términos muy generales, hay notables diferencias entre unos y otros, lo que no significa más que las posibilidades de apertura y realización que ofrece el género y no, como se ha hecho, una especie de *ranking* o de clasificación de quienes son mejores o peores en dar testimonio de sí mismos.

Para ilustrarlo, voy a ceñirme a dos obras autobiográficas, una española y otra francesa, que se publican, ambas, en el siglo XVIII, es decir, en el período de consolidación del género (que ya había ofrecido tempranas manifestaciones en España, con las autobiografías de soldados o en la *Vida* teresiana). Sin embargo, las repercusiones de una y otra —me refiero a la *Vida* de Torres Villarroel y las *Confessions* de Rousseau (publicadas entre 1782 y 1789)— serán muy distintas.

La *Vida* de Torres Villarroel, cuyos cuatro primeros *Trozos* se publican mucho antes, en 1743, fue considerada durante mucho tiempo como la postrera manifestación de la novela picaresca (así se mantiene, por ejemplo, en las historias de la literatura de J.L. Alborg, Joaquín de Entrambasaguas o Valbuena Prat), apoyándose en que se trata: *a*) de un relato escrito en primera persona, *b*) que se articula (o parte de él) en torno al servicio a varios amos, y *c*) que está escrito en un tono jocoso e intencionado. Es asunto que no voy a tratar, pues de sobra lo han hecho con gran acierto Eugenio Suárez Galbán, Juan Marichal y Russell P. Sebold (y antes, e

4. En «Memorias originales del Príncipe de la Paz», dos artículos publicados por *El Español* en septiembre de 1836. No obstante, en ambas colaboraciones reclama Larra consideración para las *Memorias* de Godoy.

iniciando el despegue de la *Vida* torresiana respecto al género picaresco, Arturo Berenguer Carisomo en su *Historia de la literatura española* publicada en Buenos Aires, 1963). A estas alturas el criterio de considerar la *Vida* de Torres Villarroel como una narración más del género picaresco ha quedado desechado por completo.[5] Pero importa subrayar la significación del hecho: Torres Villarroel escribe su *Vida* casi 20 años antes de que el ginebrino Rousseau decida hacer lo propio y, sin embargo, su valor introspectivo y autorreferencial —que es como decir su modernidad literaria— se ha visto, hasta hace poco, erróneamente interpretado. Torres Villarroel, el Piscator salmantino, no es un pícaro, ni un santo, ni un soldado, ni un noble, pero emprende la tarea de relatarnos su vida por las mismas o parecidas razones que las que tendrá Zorrilla —pongo por caso—, o cualquier politicuelo de la actualidad. Es decir, por dinero, por justificación de la propia conducta, por vanidad, por salir al paso de opiniones contrarias y, en el fondo, por la necesidad que muestra el hombre moderno de buscarse a sí mismo en la falta de unidad en que suele desarrollarse la vida. Pero lo cierto es que son varias las motivaciones autobiográficas que se entrecruzan en el prólogo sin que ninguna de ellas alcance verdadera autonomía y ello nos da idea, en cierto modo, de la escasa profundidad intelectual que transmite la escritura torresiana. La obra, decíamos, presenta notables diferencias con las *Confesiones* de Rousseau, aunque ambas tengan mucho en común: 1) estar escritas en primera persona; 2) presentar un relato cronológico de los hechos biográficos; 3) alternar el tono elegíaco con el picaresco, y 4) perseguir obsesivamente la justificación ante el lector (pues en ambos casos su reputación se halla en entredicho). Ello les lleva a un continuo tira y afloja en la presentación que de sí mismos llevan a cabo los dos escritores: las muestras de autoempequeñecimiento y excesiva humildad —que prueban su necesidad de conmover al lector, de hallarlo con ánimo benevolente y predispuesto a la comprensión— se alternan con pasajes de consciente reivindicación y autocomplacencia. Aunque en este aspecto la personalidad de ambos escritores sea muy distinta y configure dos estilos, dos escrituras, dos modos, en fin, de presentar la realidad (que resulte, eso sí, favorecedora de algún modo respecto a quien la describe).

Veamos un ejemplo. El primer capítulo de la *Vida* torresiana se centra en el relato de sus ascendentes a los que, teóricamente, no escatima críticas y reproches, cuando dice, por ejemplo: «Ya he destapado los primeros entresijos de mi descendencia; no dudo que

5. Como también ha ocurrido con los escritos autobiográficos de Cadalso, editados por Nigel Glendinning y Nicole Harrison en 1979 (Londres, Tamesis Books), que algunos han relacionado estructuralmente con el *Lazarillo* y la técnica picaresca sin que haya, a mi juicio, razón para ello.

en registrando más rincones se encontrará más basura y más limpieza, pero ni lo más sucio me dará bascas, ni lo más relamido me hará saborear con gula reprehensible». La idea central, típicamente dieciochesca, es que el respeto de sí mismo es fruto tan sólo de los propios merecimientos, y no se debe, pues, al linaje, la ascendencia social u otros accidentes considerados como fortuitos. Pero al final del capítulo, cuando importa ofrecerle una última impresión al lector sobre sus ascendentes, dice: «otros con tan malos y peores abuelos como los que me han tocado, viven triunfantes, poderosos y temidos; y muchos de los que tienen sus raíces en los tronos, andan infames, pobres y despreciados. Lo que aprovecha es tener buenas costumbres, que éstas valen más que los buenos parientes; y el vulgo, aunque es indómito, hace justicia a lo que tiene delante».[6] Y concluye el escritor salmantino, refiriéndose a su abuelo y demás familia: «Yo, finalmente, estoy muy contento con el mío, y he sido tan dichoso con mis pícaros parientes que, a la hora que esto escribo, a ninguno han ahorcado ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia, de modo alguno, la obediencia al rey, a la ley y a las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines, pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos y picardías.»[7]

Russell P. Sebold ve en esta actitud contradictoria de Torres el síntoma de un profundo desgarro interior, un violento conflicto entre dos inclinaciones contrarias, mundanidad y ascesis que le convierten en un claro precedente, claro para Sebold, de don Miguel de Unamuno y de la novela existencial.[8] Idea que no comparto. En mi opinión, se trata de una estrategia retórica ante el lector, indicio, si se quiere, de una profunda inseguridad que le hace oscilar entre actitudes extremas, y por ello contradictorias. Torres no sabe si al hablar de sus padres y demás parientes es preferible la dureza o la compasión, dar señales de que lo que uno ha logrado se debe en gran parte a la formación recibida, o bien rechazar ésta insinuando que todo cuanto se ha conseguido se debe al propio esfuerzo y nada más (indecisión, por otra parte, que vemos reflejada en la mayoría de las autobiografías modernas). Ante la duda, Torres opta por decirlo todo. Que el lector escoja lo que prefiera, aunque, por si la conclusión del lector no fuera la apetecible, el último mensaje que se transmite es éste: que su familia no era ni mejor ni peor que otras, la del lector pongamos por caso, y eso sí es ya suficiente.

Las tentativas de aproximación de Rousseau, más elaboradas,

6. Diego de Torres Villarroel, *Vida* (publicada en varias entregas: 1743, 1750, 1752 y 1758). Manejo la excelente edición de Dámaso Chicharro, Cátedra, 1980, p. 111.

7. *Ibid.*

8. Véase su *Novela y autobiografía en la vida de Torres Villarroel*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 133 y ss.

indican una madurez intelectual de la que Torres carece. Por ejemplo, cuando —ya en el último tercio de la obra— se nos refiere la enemistad de Diderot: «Yo quería entrañablemente a Diderot; le tenía una estimación sincera, y estaba completamente persuadido de que me correspondía con iguales sentimientos. Pero cansado de su infatigable obstinación en contrariar eternamente todos mis gustos, mis inclinaciones, mi modo de vivir, sobre todo lo que sólo a mí me interesaba; irritado de ver a un hombre más joven que yo querer gobernarme a la fuerza como a un niño; disgustado de su facilidad en prometer y su tardanza en cumplir; fastidiado con tantas citas dadas por él sin comparecer a ninguna, y de su capricho en repetirlas de exprofeso para faltar a ellas; aburrido de aguardarlas inútilmente tres o cuatro veces al mes, los días señalados por él mismo, y comer solo al anochecer, después de haber ido a su encuentro —acaba Rousseau— hasta Saint-Denis y haberle esperado todo el día, tenía ya lleno el corazón de agravios.» [9]

A estas alturas, el lector ha sucumbido plenamente al propósito de Rousseau y se hace cruces de su paciencia de Job para soportar la villanía de Diderot y su mala fe respecto del pobre Juan Jacobo. Villanía y mala fe que, naturalmente, irán en aumento desde 1757, año en que Diderot había comenzado a tomar distancias respecto a su antiguo amigo.[10] (Y, en efecto, en 1772, estallará el enfrentamiento, cuando el primero escribe un «Supplément» en contra del *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* en cuya redacción había colaborado, digámoslo así, el propio Diderot manipulando en cierto modo el tono final del escrito.) [11]

9. P. 386 de la edición de Espasa-Calpe, 1979.

10. En 1765, Diderot atacará abiertamente al filósofo ginebrino, cuando escribe: «Así es Jean-Jacques Rousseau, cuando se encrespa contra las letras que toda su vida ha cultivado, la filosofía que profesaba, la sociedad de nuestras ciudades corrompidas en las que está deseando vivir, y en las que le espantaría ser ignorado, desconocido, olvidado. Por mucho que en su retiro cierre la ventana que da sobre la capital, es el único lugar del mundo que ve. En el fondo de su bosque, se encuentra en otra parte. Está en París.» Cita extraída del estudio de Félix de Azúa sobre la figura intelectual de Diderot, *La paradoja del primitivo*, Barcelona, Seix Barral, 1983, p. 61.

11. Según se desprende de la nota al pie de cierto pasaje de las *Confessions*, precisamente cuando Rousseau refiere la composición de su *Discurso* sobre la desigualdad, y que dice: «En la época en que esto escribí no tenía aún la menor sospecha de la gran conjura que urdieron Diderot y Grimm; de otro modo, fácilmente hubiera conocido cuánto abusaba el primero de mi confianza para comunicar a mis escritos ese tono duro y sombrío que dejaron de tener desde el momento en que cesó de dirigirme. Los puntos en que el filósofo argumenta cerrando los oídos a los lamentos de la desgracia, a él son debidos; y aún me había aconsejado otros más duros, que no pude resolverme a emplear. Mas yo atribuyendo este humor sombrío a la influencia de su prisión de lo cual se halla en su Clairval una dosis bastante considerable, jamás pensé que, al aconsejarme, obedeciese a la menor ruindad» (*op. cit.*, p. 333).

Importa subrayar que en ambas autobiografías es característico el hecho de reclamar el juicio del lector acerca de la conducta descrita, y no sólo el juicio de Dios como ocurría en las *Confesiones* de san Agustín. Sin embargo, y aunque las diferencias son abundantes, una me parece decisiva en la proyección futura de las dos obras: Rousseau se obstina en tomar los episodios de su vida y manejarlos como si fueran las piezas de un *puzzle*, que deben ir encajando perfectamente hasta formar el retrato del hombre Rousseau tal como él lo ve en su interior. Las *Confesiones* responden pues a un plan previo, a un proyecto para hacer coincidir su conducta pasada con sus convicciones presentes, después de haber escrito *Émile* o el *Discurso sobre la desigualdad de los hombres*. Eso supone considerar la obra (y tal vez ello es más perceptible en la primera parte) como una totalidad estructural y compleja que la pone en contacto con los textos teóricos del escritor. En este sentido, la obra de Torres Villarroel nada tiene que ver con lo anterior: no hay esa voluntad de introspección y análisis de la propia interioridad (independientemente de la dosis de manipulación que tal propósito encierre). El estilo de Torres se apoya en la descripción más que en la narración y en lugar de sostener el discurso en la reconstrucción de un pasado que habla en el presente, el Piscator salmantino asume el pasado en el presente de su discurso (no hay diferencia entre el que soy y el que fui). Su obra es un acto de afirmación (no de explicación como Rousseau) formulado desde una perspectiva irónica, diría que jactanciosa, y autocomplaciente. El narrador no tiene dificultades al referirse a los primeros años de su vida, los más alejados cronológicamente de la vida adulta, pero sí las tendrá a partir del momento en que las fronteras empiezan a confundirse: así el lector no puede apreciar ningún crecimiento en la autobiografía del escritor salmantino porque él mismo no ve unas líneas claras en el desarrollo de su personalidad y tampoco dispone, decíamos, de un sistema intelectual coherente y al que someterse. De modo que su fuerte personalidad, y es evidente que la tenía, se expresa al *modo español*—a un cierto modo español al menos— que es a través de la vis cómica, de la bufonada, como ya puso de manifiesto el profesor Juan Marichal en un artículo que mantiene su visión renovadora a pesar de haberse publicado en 1965.[12] Sabemos, cómo no, lo que de terrible puede encerrar la bufonada: el sentimiento de vacío, de la nada, del sinsentido en medio del cual vive y muere el ser humano. Pero con ella se busca la afirmación, no la explicación o el análisis. Y la *weltanschauung* de Torres que se transmite al lector a través de su *Vida* es parecida a la de Gómez de la Serna en su *Automoribundia*, a la de Miguel Mihura en sus *Memorias*, o bien a

12. «Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo» *Papeles de Son Armadans* XXXVI (1965), pp. 297-306.

la de Francisco Umbral en su universo narrativo (por no citar a Eugenio Noel, Eduardo Zamacois y tantos como en España han practicado la escritura autobiográfica desde la extrapolación cómica y una aparente falta de seriedad). Curiosamente, dadas las posibilidades del tema, ninguno de ellos, y desde luego no Torres Villarroel, habla de su vida sexual, por ejemplo, o amorosa, muy al contrario de lo que ocurre en el dominio anglosajón o en las propias *Confesiones* donde Rousseau acomete con valentía y muchísima habilidad el relato de su idiosincrasia sexual. Y distanciándose también de la autobiografía erótica de raíz ovidiana que tan fecundamente prolifera en nuestra literatura medieval.[13]

En resumen, me gustaría subrayar que el desarrollo y posterior interpretación de la literatura autobiográfica en España se explica por un evidente *décalage* entre la teoría y la práctica: la teoría anclada en el modelo paradigmático, también para nosotros, que supone la aparición de las *Confesiones* de Rousseau (modelo al que luego se sumarán otros ingleses que ahora no vienen al caso, pero que son también de suma importancia). Por el contrario, la praxis autobiográfica se desarrolla en España a partir de esquemas propios, autóctonos y ya elaborados narrativamente mucho antes de la *Vida* de Torres, por el Arcipreste de Hita o el anónimo autor del *Lazarillo*, con los que coincide en tema y estructura, aunque no en propósito (y ello explica las incertidumbres de la crítica a las que antes nos referíamos). Esquemas o modelos propios, digo, que se asientan en la comicidad, la forma bufonesca de presentarse y un escepticismo de fondo que impregna la escritura autobiográfica española de una coloración especial. Más partidarios de la máscara literaria que de la desnudez espiritual, los autobiógrafos españoles —aparte la mística— son seres, por lo general, estoicos o barrocos, pero encastillados en una especie de dignidad personal que les fuerza al relato distorsionado y argumental sometido a los vaivenes de la fortuna. Así, el *yo* de Torres es en cierto modo el yo del payaso que busca provocar la risa, pero también el yo que, obsesivamente, persigue la estima pública y el reconocimiento. Lo primero le sirve para lo segundo, como él mismo reconoce ya al final de su relato: «Algunos enemigos dicen, y se consuelan allá entre sus compadres y tertulianos, que quizá por bufón me vienen a mí estas remuneraciones y piedades, que por públicas no las puede negar su malicia; yo no les puedo sacar de esta duda. Lo que les aseguro es que soy para bufón patente más frío que un carámbano; lo que confieso es que, a mis solas y desde mi bufete y para la gente desautorizada y ociosa, echo en la calle algunas de las que ellos nombran bufonadas, que a la

13. Francisco Rico ha subrayado la raigambre ovidiana de la estructura autobiográfica en el Arcipreste: «Sobre el origen de la autobiografía en el *Libro de buen amor*» *Anuario de Estudios Medievales* 4 (1967), pp. 301-325.

vuelta de alguna risa me han traído el pan y la estimación.»[14] En lo que tiene de biografía, de memoria, la picaresca roza el orbe íntimo y por ello resulta un sustrato ineludible en el desarrollo de nuestra literatura autobiográfica. Y, en este sentido también, las *Confesiones* de Rousseau son todavía un desafío para nuestras letras.

14. Torres Villarroel, *Vida, op. cit.*, pp. 272-273.